



do y acabadas á su voluntad todas las cosas que pretendia, volvió á España con la alegre nueva de cosa tan importante, que hinchó de muy grande gozo los ánimos del rey y de los grandes, y de toda la muchedumbre del pueblo. Desta manera sucedió entónces este negocio: el monasterio Broniense, que está en los Estados de Flándes, en tierra de Namur, y tiene advocacion de San Pedro, pretende tener el cuerpo de San Eugenio: refieren aquellos monjes benitos que fué llevado el año novecientos veinte, á diez y ocho de Agosto, por engaños ó á ruegos de Gerardo, su fundador, desde San Dionisio á Bronio, do está aquel monasterio. Lo que se entiende es que le dieron una parte del sagrado cuerpo, que fué causa de persuadirse le tenían en su poder todo entero, como es muy ordinario en cosas semejantes. Comenzóse por entónces á procurar que las sagradas cenizas de San Eugenio volviesen á Toledo; pero estas prácticas se estorbaron por las muertes que casi en un mismo tiempo sobrevinieron de la reina doña Berenguela y del arzobispo. La reina falleció el año siguiente de mil ciento cuarenta y nueve, y fué sepultada en la iglesia de Santiago, con quien en vida tuvo particular devoción.

Este año, desgraciado por la muerte de la

reina, fué más señalado por una lluvia de sangre que cayó en parte de Portugal y en el señorío de los moros. El año adelante de mil ciento cincuenta, miércoles, á nueve dias de Agosto, pasó desta vida el arzobispo Raimundo, quebrantado con la edad y con los trabajos de camino tan largo. Créese, más por conjeturas que por cierta memoria que haya, le enterraron en la misma iglesia mayor de Toledo. Sucedió en el arzobispado D. Juan I de este nombre, obispo á la sazón de Segovia, varon de grande ánimo y de conocida bondad. Desta manera procedian las cosas de Castilla. Por otra parte, el pontífice Eugenio confirmó el nombre y autoridad de rey á D. Alonso, que ya se intitulaba rey de Portugal, y á su ejemplo, pasados algunos años, Alejandro III de este nombre, hizo lo mismo por una bula que promulgó Alberto, cardenal y chanciller de la santa Iglesia romana: ambos pontífices por esta gracia le mandaron pagar cierto tributo á los papas en cada un año, Eugenio cuatro libras de oro, Alejandro dos marcos: tributo que no se sabe si en los primeros tiempos le pagó Portugal; en nuestra era y de nuestros antepasados siempre aquel reino se ha tenido por libre de todo punto y exento de semejante carga y pension.

CAPÍTULO LXXI

Resúmen de la época.—Carlo-Magno y su siglo.—Lo que es un emperador católico.

En cinco ó seis nombres propios se resume casi toda la historia universal: Nabucodonosor, Ciro, Alejandro, Augusto, Constantino, Carlo-Magno. Quince siglos ántes del último, Nabucodonosor de Babilonia da principio á esta historia en la estatua misteriosa que le explica el profeta Daniel; estatua de cuatro metales, oro, plata, bronce y hierro; monarquía universal con cuatro dinastías, los asirios, persas, griegos y romanos; estatua que será quebrada y reducida á polvo por una piedra desprendida de la montaña sin mano de hombre; monarquía universal que, dividida entre sí, será destruida y reemplazada por un nuevo imperio no humano, sino divino, y que subsistirá para siempre. Ciro de Persia continúa esta historia, Alejandro de Macedonia prosigue la obra de Nabucodonosor y de Ciro. César y Augusto terminan la obra de Nabucodonosor, de Ciro y de Alejandro.

Esta obra consiste en reunir las principales naciones bajo un mismo dominio temporal, á fin de prepararlas al dominio espiritual de Cristo. Nabucodonosor, Ciro, Alejandro y los romanos trabajan en ella sin saberlo. Nabucodonosor, despues de haber adorado al Dios de Daniel, se hace adorar á sí mismo. Ciro, despues de reconstruir el templo de Jerusalem, adora á

la criatura, en lugar del Criador. Alejandro, despues de reconocer al verdadero Dios á la vista de Yaddo, se hace pasar por hijo de Júpiter. César y Augusto, bajo los que nace el Cristo, bajo los que se desprende esa piedra misteriosa que debe pulverizar esa grande estatua, consienten que se les dediquen templos y altares. Sus sucesores tiemblan y se unen contra el imperio naciente de Dios y de su Cristo; durante tres siglos se encarnizan para sofocarlos en sangre. Constantino termina la guerra contra Dios sometiéndose individualmente; pero el imperio romano, la grande estatua, permanece idólatra de sí misma, y políticamente anticristiana. Entónces los pueblos bárbaros acaban de castigarla, y el oro, la plata, el bronce, el hierro y la arcilla de la grande estatua, son pulverizados.

De estas ruinas surge un nuevo mundo, el mundo cristiano, del que Carlo-Magno es el jefe temporal. Nabucodonosor, Ciro, Alejandro y César Augusto nada comprendieron, y de lo que Constantino comprende á medias lo comprende todo Carlo-Magno, proclamándolo á la faz de los pueblos y de los siglos al encabezar sus leyes con estas palabras: *Reinando para siempre nuestro Señor Jesucristo. Yo, Carlos, por la gracia y la misericordia de Dios, rey de*



los francos, devoto defensor y humilde auxiliar de la Santa Iglesia de Dios (1).

Lo que Carlo-Magno dice lo ejecuta, y defiende á la Iglesia de Dios en todas partes donde ella reclama su brazo.

El profeta Daniel había predicho que entre los diez cuernos ó poderes de la cuarta bestia, el cuarto imperio, el romano, surgiría junto á ellos uno nuevo, pequeño al principio, pero creciendo visiblemente; que este cuerno ó potencia humillaría á tres de los otros; que haría la guerra á los santos y prevalecería sobre ellos. Lo predicho por Daniel lo hemos visto. Hemos visto al imperio de Mahoma, nacido en 622, anonadar al imperio persa, humillar á los griegos y aniquilar á los godos de España; le hemos visto lanzar en las Galias sus innumerables huestes y amenazar al mundo cristiano con su destruccion. El abuelo de Carlo-Magno los contiene y derrota en el corazon de la Francia; su padre los deshace arrojándolos al otro lado de los Pirineos, y Carlo-Magno mismo los hace retroceder ó los somete en España hasta más allá del Ebro. El mahometismo no tiene de propio más que el fanatismo de la guerra; guerra irreconciliable contra los cristianos, interrumpida tan sólo por sus disensiones civiles: tal es desde su origen hasta nuestros días.

En tiempo de Carlo-Magno, el 786, Aroun-al-Raschid, quinto califa abasida, sucede á su hermano Hadi. El 790, Yahia, jefe de los Alidas, tomó el título de califa en la Georgia, estalla la guerra, y para terminarla, Aroun obliga á Yahia á deponer las armas ofreciéndole el perdon, confiado en que Yahia se somete y Aroun le hace degollar. El 800, Aroun envía á Ibrahim-ben-Aglab de gobernador al África, el cual se declara soberano y funda la dinastía de los Aglabitas en el país que se extiende desde Egipto á Túnez. El 803 persigue á los Barmecidas, de cuya familia había recibido grandes favores. Tal era Aroun, llamado Al-Raschid ó

(1) *Regnante Domino nostro Jesu-Christo in perpetuum. Ego Carolus, gratia Dei ejusque misericordia donante, rex et rector regni francorum, et devotus sanctae Dei Ecclesiae, defensor humilisque adjutor.*.... Baluz, capit., t. I, p. 210.

el Justo, porque á la perfidia é ingratitud hacía los personajes, mezclaba sentimientos de bondad y de justicia hacía los particulares. Invadió ocho veces el imperio griego (1), fué gran admirador de Carlo-Magno, enviándole muchas embajadas con magníficos presentes, entre ellos las llaves del Santo Sepulcro y el estandarte de Jerusalem. Pero sus disposiciones naturales en nada podían cambiar la naturaleza de su imperio, que es, por esencia, el enemigo de Cristo y de su Iglesia. Su capital era Bagdad, construida por su abuelo Almanzor en 763 con las ruinas de Babilonia.

El África á principios del siglo IX fué dividida entre dos dinastías; la de los Aglabitas, desde Egipto hasta Túnez, y la de los Edresitas, cuyo jefe Edressach, descendiente de Alí, yerno de Mahoma, fundó la ciudad y reino de Fez. La dinastía de los Omniadas permanecía en España; su jefe llamábase califa, siendo el primero Abderrahman, escapado de la matanza de su familia por los abasidas; pero sus emires ó gobernadores declarándose reyes hacíanle la guerra; muchos en 777 se presentaron á Carlo-Magno en Paderbon, rindiéndole vasallaje y pidiéndole proteccion, entre ellos Ibn-al-Arabi, rey de Zaragoza. Entra Carlos en España con dos ejércitos, uno por Navarra y toma á Pamplona, el otro por el Rosellon, apoderándose de Barcelona; ambos someten á Navarra, Aragon y Cataluña, y pasado el Ebro, Carlo-Magno toma á Zaragoza, restableciendo á Ibn-al-Arabi y jurándole fidelidad todos los emires. La causa de esta expedicion fué los sufrimientos de los cristianos bajo el yugo sarraceno (2), y la fama del poder de Carlo-Magno y el poder de su fama los alivió en gran manera, pues los países que conquistó quedaron exentos de todo tributo á los mahometanos.

Treinta y dos años y cuatro meses reinó Abderrahman, que fué el más cruel de sus reyes, pues hizo perecer á multitud de moros y sarracenos, sin exceptuar á su propio hermano, á quien arrojó al fuego cortándole ántes los piés y las manos, y colmó de tributos á los cristia-

(1) *Arte de averig.; Hist. univer. de los ingleses. Biografía universal.*

(2) *Annal. Eginh., etc.; Vita Lud.*



nos y judíos hasta el punto de vender sus hijos y esclavos, quedando reducidos á la más espantosa miseria. Muerto en 790, estalló la guerra civil entre sus tres hijos Hicham, Soliman y Abdallah; Hicham vence, y sus hermanos se refugian en África. En 793, Hicham ó Issem, cuya capital era Córdoba, vieno á Carlo-Magno entretenido en la Germania con los sajones y hunos ó ávaros, envía un ejército que sorprende á Barcelona, repasa los Pirineos, hace incursiones en la Septimania ó Languedoc, y quema los arrabales de Narbona. Enardecido con esto, ataca en sus montañas á Alfonso el Casto de Leon; pero derrotado y con setenta mil infieles sobre el campo de batalla, se ve obligado á llamar á las tropas de Languedoc (1).

Muerto Issem dos años despues, renuévase la guerra civil entre su hijo Haken y sus dos tíos Soliman y Abdallah, vueltos de África; miéntras tanto Barcelona cambia con frecuencia de señor; tan pronto es de los francos como de los sarracenos. El 797 Fortun, su emir sarraceno, va á Aix-la-Chapelle á rendir homenaje á Carlo-Magno; poco despues llega Abdallah á pedirle socorro contra su sobrino Hakem, nuevo califa de Córdoba. La sumision de Zaton no fué muy larga, pues Luis, rey de Aquitania, hijo tercero de Carlo-Magno, habiendo entrado en España en 799, Zaton le sale á recibir, pero le cierra las puertas de Barcelona; Luis la toma á los dos años de sitio y hace prisionero á Zaton, que le envía á Carlo-Magno, y éste lo destierra; Luis entra con su ejército, precedido de los obispos y sacerdotes, que cantan himnos y salmos en accion de gracias (2).

Muerto Alfonso I el Católico, rey de España en 757, le sucede su hijo Fruela, que se distinguió por su valor; hizo sábias ordenanzas para corregir las costumbres y establecer una exacta policia en su reino, y batió muchas veces á los sarracenos, que intentaron vanamente penetrar en sus estados, matándoles en 760 con un pequeño ejército cerca de cincuenta mil hombres; era sobrio, justo, laborioso, valiente é hizo felices á sus súbditos, pero em-

pañó estas bellas cualidades con la muerte de su hermano Vimazan, cuya popularidad y valor le hacian sombra; su crueldad no quedó impune, pues su otro hermano Aurelio le privó de la vida en 768, aunque para reparar su crimen había adoptado por sucesor á Bermudo ó Beremundo, hijo de Vimazan. Despues de un corto reinado de tres príncipes de la misma familia, fué elegido rey Bermudo el Diácono en 788. Apenas sube al trono llama junto á sí á Alfonso, hijo de Fruela, le introduce en el consejo, disipa las prevenciones que contra él había por las últimas acciones de su padre, y le confía el mando del ejército. Alfonso, acompañado de Bermudo, marcha contra los sarracenos y los derrota. Bermudo aprovecha esta ocasion para abdicar, y elige en su lugar á Alfonso en 791. Alfonso, llamado el Casto, porque vivió con su esposa en absoluta continencia, prosigue sus victorias contra los infieles y administra el reino con paternal solicitud. Á pesar de esto, una conspiracion se trama contra él, ignorando por completo las causas y los detalles, le roban de su tienda en 802 y lo encierran en el monasterio de Obelia, situado entre las escarpadas rocas de Galicia; pero una contrarevolucion más súbita vuela á su socorro y le conduce triunfante á Oviedo. Los beneficios para sus enemigos es la venganza de Alfonso. Digno amigo y aliado de Carlo-Magno, que en sus cartas le llama su señor, le envía en 798 una tienda de campaña muy hermosa, cogida tal vez á los sarracenos. Al fin del mismo año, habiendo tomado y saqueado á Lisboa, envió á Carlo-Magno otra embajada con ricos presentes sacados del botin y consistentes en armaduras, mulos y moros prisioneros (1).

Ved cómo Carlo-Magno con su amigo Alfonso defiende la cristiandad por el Mediodia contra el poder de Mahoma; pero lo que le preocupa es defenderla y propagarla por el Norte, porque es donde hay más que temer y más que ganar. Las naciones bárbaras habíanse acostumbrado á pasar de Asia á la Europa,

(1) *Chronic. Moissiac., año 793, y Roder. Tolet.*

(2) *Annal. Met., an. 778, etc.*

(1) *Egin. Vit. Carolo. m., n. 16. Annal. franc., an. 798. Script. hisp., t. II.*



para cumplir, sin saberlo, la obra de la Providencia, destruir el mundo pagano de Roma idólatra, y servir de elemento para un mundo nuevo: la mitad de la obra estaba realizada; el viejo mundo no existía, un nuevo mundo surgía del caos: ya no era Roma la ciudad de los ídolos, la gran prostituta, la segunda Babilonia; era, sí, la nueva Jerusalén, la ciudad de Dios, la metrópoli del universo cristiano, el centro de la unidad del pensamiento y la palabra. En Babel el orgullo del hombre había producido la confusión de lenguas y la dispersión de los pueblos; divididos entre sí, parten de las llanuras de Senaar y se dirigen de Oriente á Occidente; al oír la voz de Roma cristiana, se detienen y encuentran la unidad de pensamiento y de palabra que habían perdido, y reconocen con sorpresa que los otros son sus hermanos.

En esta larga marcha de naciones guerreras, los francos son los primeros que comprenden la voz de Roma y la consagran sus espadas; no sólo se detienen, sino que hacen detener á los demás, y al detenerse, oyen á su vez esa voz, que no dejará de hacerse oír hasta el fin de los siglos. Los sajones, frisones, daneses ó normandos, hunos y bohemios hacen esfuerzos por continuar su marcha, pasar el Rin y caer sobre las Galias. Carlos Martel, Pipino y Carlo-Magno están allí, les persuaden ú obligan á oír á los heraldos pacíficos de esta palabra que renueva el universo.

Los sajones se detienen por voluntad ó por la fuerza, desde el Rin hasta el Vístula; se detienen, escuchan la palabra que les anuncian hombres de su sangre y de su lengua, San Bonifacio y sus discípulos llegados de Inglaterra, y creen. Movibles como las olas del mar, habituados á una vida aventurera, á una salvaje independencia, á dioses que quieren víctimas humanas, las bárbaras poblaciones de los sajones tardaron mucho en cambiar las lanzas en hoces y los cuchillos en estevas, para lo que fué necesario de guerras y de victorias, de rigor é indulgencia, de predicaciones y de ejemplos.

Mientras que Carlo-Magno se hallaba ocupado en otros asuntos, los sajones se habían

arrojado sobre las tierras de los francos; el 772 entra Carlo-Magno en la Sajonia, toma el castillo de Eresbourg, destruye el templo é ídolo de Irminsul; los sajones piden la paz y dan doce rehenes; el 774, mientras que Carlo-Magno pone fin al reino lombardo en Italia, los sajones invaden las tierras de los francos, se esfuerzan, aunque en vano, en quemar la iglesia de Fritzlár, y son puestos en fuga sin que nadie los persiga; en 775, Carlo-Magno se determina á hacerles la guerra hasta exterminarlos ó someterlos al cristianismo. Entra en la Sajonia, toma el fuerte de Sigbourg, reconstruye el de Eresbourg, destruido por los sajones, derrota á tres ejércitos enemigos, y le dan rehenes. En 776, durante la estancia de Carlo-Magno en Italia, los sajones toman y destruyen el castillo de Eresbourg y atacan con vigor á los francos. Carlo-Magno pasa con celeridad á Sajonia, y asombrados le piden misericordia; Carlo-Magno les perdona, hace bautizar á los que lo desean, recibe nuevos rehenes, reconstruye á Eresbourg, y levanta otro fuerte en Lippa. En 777, teniendo Carlo-Magno su córte en Paderborn, todos los jefes sajones, ménos Witikind, vienen á someterse y suplicar perdón con la condición de perder su patria y su libertad si faltan á sus promesas; gran número de ellos reciben el bautismo, asegurando, pero con poca sinceridad, que quieren abrazar el cristianismo.

En 778, ocupado Carlo-Magno contra los sarracenos de España, se arrojan los sajones sobre las tierras de los francos, llevándolo todo á sangre y fuego, sin distinción de edad ni de sexo, sagrado ni profano, y los monjes de Fulda huyen con los restos de San Bonifacio. Carlo-Magno entra en Sajonia en 779, y después de la victoria recibe la sumisión de muchas poblaciones, que dan rehenes y hacen juramentos. En 780, Carlo-Magno avanza hasta el Oder y hasta la frontera de los eslavos; gran número de sajones reciben el bautismo, pero con su disimulo acostumbrado. En 782, teniendo Carlo-Magno su córte en el origen del Lippe, los jefes sajones, con los embajadores daneses y hunos, van á rendirle vasallaje; pero apenas salió del país, cuando los sajones, instigados



por Witikind, se sublevan y matan á muchos condes francos; con la rapidez del rayo entra Carlo-Magno en la Sajonia, perdona al populacho, pero exige que se le entreguen cuatro mil quinientos de los principales rebeldes, y los manda decapitar. Durante los años 783, 784 y 785, los sajones, habiéndose sublevado en masa, fueron derrotados por Carlo-Magno y devastado el país. En este último año se somete voluntariamente Witikind, abraza sinceramente el cristianismo, y recibe el bautismo: multitud de sajones vuelven á la fe que habían abandonado, y se humanizan. Permanecen en sumisión siete años, y sirven en los ejércitos de Carlo-Magno contra los hunos y los eslavos. En 792, los que habitaban en el Elba, se levantan y matan á los francos que había entre ellos. Los seis años siguientes conduce Carlo-Magno sus ejércitos á la Sajonia, y cada vez que los sajones son derrotados ó temen serlo, dan rehenes y prometen fidelidad; Carlo-Magno traslada muchos á Francia, y les reemplaza en Sajonia con francos, y pacificada toda la Sajonia, en 799 la reparte entre los obispos, sacerdotes y otros vasallos. En 802 se agitan los sajones del otro lado del Elba, llamados también normandos, pero son castigados con la devastación de su país; en 804 los traslada todos á Francia con sus mujeres é hijos, y en su país coloca á los abodritas, pueblos del Meclembourg, que siempre le habían sido fieles, y cuyo rey había sido muerto por los sajones. Así termina la guerra de Sajonia después de treinta años de duración, entre los que pueden contarse una docena de paz.

Después de tantos años de una guerra tan obstinada, se creará á la Sajonia despoblada y aniquilada; pero sucede lo contrario, según un autor no sospechoso, que dice: «Veremos, desde la generación siguiente, á la Sajonia vencida y por largo tiempo devastada, mucho más poblada, belicosa y en mejor estado de defensa que la Gaula, que había triunfado de ella tan repetidas veces. No hay que dudar que, bajo el mismo reinado de Carlo-Magno y en medio de los estragos y desgracias unidos á la conquista, el norte de la Germania pasa de la barbarie á la civilización, se fundaron nue-

vas ciudades en los bosques, las leyes fueron reconocidas, la predicación cristiana dió cierto conocimiento de las letras y las artes, y los gozos de la vida doméstica fueron introducidos hasta el Elba» (1).

Ved cómo un escritor protestante aprecia estas guerras de la Sajonia. Así, por estas mismas guerras, Carlo-Magno civilizó, no sólo la Sajonia, sino la Alemania entera, haciéndola enteramente cristiana: particularmente los sajones debenle mucho; divididos hasta entonces en tantas hordas como cantones, formaron en adelante un solo pueblo; y cuando la raza de Carlo-Magno, debilitada, no pueda ya sostener el cetro imperial, la raza sajona será la que ha de dar á la cristiandad emperadores más dignos y más aptos para continuar la obra de Carlo-Magno.

En cuanto al fin que Carlo-Magno se propone en estas guerras, hé aquí cómo habla un historiador moderno de su vida: «El verdadero motivo que obliga á Carlo-Magno á hacer la guerra á los hunos, dejando en paz á los griegos, es el que ya hemos dicho. Carlo-Magno era un conquistador, pero conquistador misionero: si trata de añadir provincias á su imperio, desea también conquistar almas para Dios; los griegos por este lado no ofrecen materia alguna á su celo, los hunos eran idólatras; lo que quería hacer, era ménos una guerra política, que una guerra de religión, una verdadera cruzada. Hace, en efecto, predicar por los sacerdotes, como se predicará en adelante en las cruzadas; su campo era una especie de seminario, en donde se observan rigurosos ayunos, se hacían procesiones solemnes, plegarias públicas y el aparato religioso estaba por encima del militar, y este fausto piadoso no era sin política. Los ejércitos con que Carlo-Magno entra en la Panonia, se componían la mayor parte de sajones, frisones, wíltos, pueblos aún mal sometidos y apenas cristianos; era, pues, bueno fortificar su cristianismo con el hábito de las prácticas religiosas y por la pompa imponente de las ceremonias. Carlo-Magno cree aún más, piensa que este espectáculo, expuesto á

(1) Sismondi, *Hist. de los franceses*, t. II, p. 361.